

Ken Liu

La gracia de los reyes

Libro primero de
La dinastía del Diente de León

Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Grace of Kings*

Publicado por acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC,
ARMONK, Nueva York, USA

Primera edición: 2016

Segunda edición: 2021

Ilustración de cubierta: © 2015 Sam Weber

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Copyright © 2015 by Ken Liu

© de la traducción: Francisco Muñoz de Bustillo, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-182-1

Depósito legal: M. 511-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nota sobre la pronunciación

Muchos de los nombres de Dara proceden del anu clásico. En este libro, la transcripción del anu clásico no utiliza dígrafos vocálicos; cada vocal se pronuncia de forma separada. Así, por ejemplo, «Réfiroa» contiene cuatro sílabas distintas: Ré-fi-ro-a. Del mismo modo, «Na-aroénna» contiene cinco sílabas: Na-a-ro-en-na.

La «i» se pronuncia como la «i» en español.

La «o» se pronuncia como la «o» en español.

La «ü» se pronuncia como la ü alemana o la transcripción fonética pinyin del chino.

Otros nombres tienen orígenes diferentes y contienen sonidos que no aparecen en el anu clásico, como «xa» en Xana o «ha» en «Haan». En esos casos, no obstante, cada vocal se sigue pronunciando por separado.

Los principales personajes

EL CRISANTEMO Y EL DIENTE DE LEÓN

Kuni Garu: muchacho que prefiere jugar a estudiar; jefe de una pandilla callejera y muchas otras cosas.

Mata Zyndu: muchacho noble en estatura y en espíritu; último hijo del clan Zyndu.

SÉQUITO DE KUNI

Jia Matiza: hija de un hacendado; consumada herborista y esposa de Kuni.

Cogo Yelu: funcionario del gobierno municipal de Zudi; el amigo de Kuni en las «altas esferas».

Luan Zya: vástago de una familia noble de Haan; aventurero en Tan Adü.

Gin Mazoti: huérfana de las calles de Dimushi; buscadora de fortuna durante la rebelión.

Rin Coda: amigo de la infancia de Kuni.

Mün Çakri: carnicero; uno de los más feroces guerreros de Kuni.

Than Carucono: antiguo capataz de establo en Zudi.

Señora Risana: ilusionista y música consumada.

Dafiro Miro: «Daf»; uno de los primeros rebeldes a las órdenes de Huno Krima; hermano de Ratho Miro.

Soto: gobernanta de Jia.

SÉQUITO DE MATA

Phin Zyndu: tío y tutor de Mata.

Torulu Pering: anciano erudito; consejero de Mata.

Théca Kimo: rebelde procedente de Tunoa.

Señora Mira: bordadora y cantante de Tunoa; la única mujer que comprende a Mata.

Ratho Miro: «Rat»; uno de los primeros rebeldes a las órdenes de Huno Krima; hermano de Dafiro Miro.

IMPERIO XANA

Mapidéré: primer emperador de las Siete Islas de Dara; llamado Réon cuando era rey de Xana.

Erishi: segundo emperador de las Siete Islas de Dara.

Goran Pira: chambelán de Xana; amigo de la infancia del rey Réon.

Lügo Crupo: regente de Xana; gran erudito y calígrafo.

Tanno Namen: admirado general de Xana.

Kindo Marana: jefe de los recaudadores de impuestos del imperio.

REYES TIRO DE LOS SEIS ESTADOS

Princesa Kikomi y Rey Ponadomu de Amu: la Joya de Arulugi y su tío abuelo.

Rey Thufi de Cocru: fue pastor en su infancia; busca la unidad de los reyes Tiro.

Rey Shilué de Faça: ambicioso pero precavido; interfiere en los asuntos de Rima.

Rey Dalo de Gan: gobierna el reino más rico de los Seis Estados.

Rey Cosugi de Haan: anciano rey que puede haber perdido el gusto por el riesgo.

Rey Jizu de Rima: joven príncipe que creció como pescador.

LOS SUBLEVADOS

Huno Krima: líder de los primeros rebeldes contra Xana.

Zopa Shigin: compañero de Huno, líder de los primeros rebeldes contra Xana.

DIOSES DE DARA

Kiji: patrón de Xana; Señor del Aire; dios del viento, el vuelo y los pájaros; su *pawi* es el halcón mingén; suele llevar una capa blanca.

Tututika: patrona de Amu; es la más joven de todos los dioses; diosa de la agricultura, la belleza y el agua dulce; su *pawi* es la carpa dorada.

Kana y Rapa: gemelas y patronas de Cocru; Kana es la diosa del fuego, la ceniza, la cremación y la muerte; Rapa es la diosa del hielo, la nieve, los glaciares y el sueño; su *pawi* son dos cuervos: uno blanco y otro negro.

Rufizo: patrón de Faça; el Sanador Divino; su *pawi* es la paloma.

Tazu: patrón de Gan; impredecible, caótico, le encanta el azar; dios de las corrientes marinas, los tsunamis, los tesoros sumergidos; su *pawi* es el tiburón.

Lutho: patrón de Haan; dios de los pescadores, la adivinación, las matemáticas y el conocimiento; su *pawi* es la tortuga marina.

Fithowéo: patrón de Rima; dios de la guerra, la caza y la forja; su *pawi* es el lobo.

Todo lo que existe
bajo el cielo

CAPÍTULO UNO

Un asesino

ZUDI: SÉPTIMO MES DEL DÉCIMO CUARTO AÑO
DEL REINADO DE UN CIELO LUMINOSO

El pájaro blanco estaba inmóvil, suspendido en medio del cielo despejado de poniente, y agitaba sus alas de tanto en tanto.

Quizá se tratara de un ave rapaz que había abandonado su nido en las elevadas cumbres de las montañas Er-Mé, a unas millas de distancia, en busca de una presa. Pero no era un buen día para cazar: los dominios habituales de la rapaz, esta zona de las llanuras Porin reseca por el sol, estaban ocupados por la multitud.

Miles de espectadores se alineaban a ambos lados de la ancha carretera que partía de Zudi. Ninguno se había fijado todavía en el ave; estaban ahí para presenciar el Desfile Imperial.

Contuvieron un grito de asombro cuando la flota de gigantescas aeronaves imperiales voló por encima de sus cabezas pasando grácilmente de una formación a otra. Miraron embobados, en medio de un respetuoso silencio, los pesados carros de batalla que pasaban rodando, cargados de gruesos fardos de tendones de buey utilizados para accionar las catapultas. Alabaron la previsión y generosidad del emperador cuando sus ingenieros, desde carretas de hielo, rociaron a la muchedumbre con agua perfumada para refrescarla del ardiente sol y del aire polvoriento del norte de Cocru. Aplaudieron y vitorearon a las mejores bailarinas de los seis

estados conquistados de Tiro: quinientas doncellas de Faça que bailaban seductoramente la danza de los velos, una exhibición anteriormente reservada a la corte real de Boama; cuatrocientos malabaristas de Cocru hacían girar sus espadas creando brillantes crisantemos de luz fría que unían la gloria militar con la elegancia lírica; docenas de majestuosos y elegantes elefantes de la salvaje y poco poblada isla de Écofi desfilaban decorados con los colores de los Siete Estados: el macho más imponente envuelto en la bandera blanca de Xana, como era de esperar, y los otros con los colores del arcoíris de los territorios conquistados.

Los elefantes tiraban de una plataforma móvil sobre la que se situaban doscientos de los mejores cantantes de las islas de Dara, un coro cuya existencia habría sido imposible antes de la Conquista. Entonaban una canción nueva, compuesta por el gran erudito imperial Lügo Crupo para celebrar la visita imperial a las islas:

*Al norte, la fértil Faça, verde como los ojos del benévolo
Rufizo,
con pastizales besados constantemente por la dulce lluvia y
colinas escarpadas envueltas en la niebla.*

Los soldados que caminaban junto al estrado móvil arrojaban baratijas a la muchedumbre: nudos decorativos a la moda de Xana, confeccionados con hilos de vivos colores para simbolizar a los Siete Estados. Los nudos reproducían los ideogramas que representaban la «prosperidad» y la «suerte». Los espectadores se peleaban para conseguir un recuerdo de este emocionante día.

*Al sur, la fortificada Cocru, campos de sorgo y arroz, claros
y oscuros,
roja, por la gloria militar, blanca como la orgullosa Rapa,
negra como la lúgubre Kana.*

La multitud prorrumpió en vítores todavía más altos al escuchar estos versos sobre su tierra natal.

*Al oeste, la fascinante Amu, la joya de Tututika,
de luminosa elegancia, cuyas ciudades de filigrana rodean
dos lagos azules.*

*Al este, la resplandeciente Gan, donde florecen el comercio
y el juego de Tazu,
rica como la abundancia de sus mares, culta como las túnicas
grises de los eruditos.*

Tras los cantantes marchaban otros soldados que sostenían altos y elaborados estandartes de seda con escenas complejas que representaban la belleza y las maravillas de los Siete Estados: destellos de luz de luna de la cumbre nevada del monte Kiji, bancos de peces refulgentes al amanecer en el lago Tututika, ballenas emergiendo junto a las costas de La Garra del Lobo, multitudes jubilosas alineadas en las amplias calles de Pan, la capital, graves eruditos discutiendo política frente al sabio omnisciente emperador...

*Al noroeste, la eminente Haan, foro de filosofía,
que rastrea los tortuosos senderos de los dioses en el
caparazón amarillo de Lutho.*

*En el centro, la frondosa Rima, donde la luz del sol,
tan penetrante como la espada negra de Fithowéo,
atravesaba bosques milenarios hasta llegar al suelo.*

Entre una y otra estrofa, la multitud acompañaba a los cantantes vociferando el estribillo:

*Nos postramos, nos postramos, nos postramos ante Xana,
Zenith, Gobernadora del Aire.
¿Por qué resistirse? ¿Por qué persistir contra el Señor Kiji
en una lucha que no podemos vencer?*

Si el servilismo de la letra molestaba a aquellos de entre la multitud que se habían levantado en armas contra los invasores hacía poco más de una docena de años, sus quejas quedaban ahogadas por los cánticos frenéticos a pleno pulmón de los hombres y mujeres que les rodeaban. El canto hipnótico potenciaba su propia fuerza, como si las palabras ganaran peso y veracidad por la simple repetición.

Pero la muchedumbre no estaba satisfecha por completo con el espectáculo. Todavía no habían visto lo más importante del desfile: el emperador.

El pájaro blanco planeó para acercarse un poco más. Sus alas parecían tan anchas y largas como las aspas de los molinos de Zudi que extraían agua de los pozos profundos y la distribuían por las casas de los opulentos. Era demasiado grande para tratarse de un águila o un buitre común. Algunos espectadores levantaron la vista y comentaron despreocupados si no sería un gigantesco halcón mingén, traído por los cetreros del emperador desde su lejano hogar en la isla de Rui, a más de mil millas, para impresionar a la muchedumbre.

Pero un explorador imperial oculto entre la multitud miró al ave y frunció el ceño. Luego se dio la vuelta y se abrió paso entre el gentío hasta alcanzar el estrado en el que se congregaban las autoridades locales para presenciar el desfile.

La expectación entre los presentes aumentó con la llegada de la Guardia Imperial, que marchaba en columnas como si estuviera compuesta por autómatas: ojos al frente, piernas y brazos oscilando al unísono como marionetas guiadas por un único par de manos. Su disciplina y orden contrastaban marcadamente con las cimbreadas bailarinas que la habían precedido.

Tras un instante de silencio, la multitud manifestó su aprobación a gritos. No importaba que ese mismo ejército hubiera masacrado a los soldados de Cocru y deshonrado a

los antiguos nobles. Quienes observaban el desfile solo querían espectáculo y les encantaban las armaduras relucientes y el esplendor marcial.

El ave descendió aún más.

—¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar!

Dos muchachos de catorce años se abrían paso a empujones entre la muchedumbre apretujada como lo harían un par de potros en un campo de caña de azúcar.

El que iba en cabeza, Kuni Garu, llevaba su largo pelo, liso y negro, sujeto en un moño alto, a la moda de los estudiantes de las academias privadas. Era robusto y musculoso pero no gordo, con fuertes brazos y piernas. Sus ojos, alargados y estrechos como los de la mayoría de los hombres de Cocru, poseían un brillo de inteligencia rayano en la astucia. No hacía ningún esfuerzo por ser educado, avanzaba a codazos echando a un lado a los hombres y las mujeres que se interponían en su camino y dejando atrás un rastro de costillas magulladas y maldiciones.

El muchacho que iba detrás, Rin Coda, era larguirucho y nervioso. Seguía a su amigo a través de la multitud como una gaviota sigue la estela de un barco y murmuraba excusas a los hombres y mujeres furiosos que les rodeaban.

—Kuni, creo que estaríamos igual de bien si nos quedásemos detrás —dijo Rin—. No pienso que esta sea una buena idea.

—Entonces no pienses —dijo Kuni—. Tu problema es que *piensas* demasiado. Límitate a *actuar*.

—El maestro Loing dice que los dioses quieren que pensemos siempre antes de actuar —Rin hizo un gesto de dolor y se escabulló cuando un hombre maldijo a la pareja e intentó golpearles.

—Nadie sabe lo que quieren los dioses —Kuni avanzaba con determinación sin mirar atrás—. Ni siquiera el maestro Loing.

Finalmente, consiguieron atravesar la densa muchedumbre y se plantaron al borde de la carretera, junto a las líneas de tiza que indicaban hasta dónde podían situarse los espectadores.

–Esto es lo que yo llamo una buena vista –dijo Kuni, aspirando una bocanada profunda y guardando todo el aire dentro. Dio un silbido de admiración cuando la última de las semidesnudas bailarinas de Faça pasó ante él–. Ahora entiendo las ventajas de ser emperador.

–¡Deja de hablar así! ¿Quieres ir a la cárcel? –Rin miró nervioso a su alrededor para comprobar si alguien les prestaba atención. Kuni tenía el hábito de decir cosas extravagantes que fácilmente podían ser interpretadas como traición.

–Entonces, ¿no se está aquí mucho mejor que sentado en clase practicando el grabado en cera de ideogramas y memorizando el *Tratado de las relaciones morales* de Kon Fiji? –Kuni pasó el brazo sobre los hombros de Rin–. Admítelo: te alegras de haber venido conmigo.

El maestro Loing les había explicado que no iba a cerrar la escuela por el desfile porque pensaba que el emperador no desearía que los chicos interrumpieran sus estudios, pero Rin sospechaba en secreto que la auténtica razón era que el maestro Loing era contrario al emperador. Muchas personas de Zudi tenían oscuras opiniones sobre Mapidéré.

–El maestro Loing no estaría en absoluto de acuerdo con *esto* –dijo Rin, aunque tampoco él podía despegar sus ojos de las bailarinas de los velos.

Kuni se rio.

–Si de todas formas nos va a golpear con su palmeta por saltarnos las clases tres días enteros, podemos hacer que el castigo valga la pena.

–¡Ya, pero tú siempre encuentras argumentos para escapar del castigo y yo termino recibiendo el doble de golpes!

Los vítores de la multitud alcanzaron el clímax.

En lo más alto de la Pagoda del Trono, Mapidéré iba recostado sobre blandos almohadones de seda con las piernas estiradas hacia delante en la posición de *thakrido*. Solo el emperador podía adoptar esa postura en público, pues todo el mundo era inferior a él.

La Pagoda del Trono era una estructura de cinco pisos levantada sobre una plataforma formada por veinte gruesos postes de bambú, diez transversales y diez perpendiculares, que cargaban sobre los hombros un centenar de hombres, con el pecho y los brazos desnudos, ungidos con aceite para relucir al sol.

Los cuatro pisos inferiores estaban llenos de modelos mecánicos, intrincados como filigranas, cuyos movimientos ilustraban los Cuatro Reinos del Universo: abajo el Mundo del Fuego, repleto de demonios que extraían oro y diamantes; a continuación el Mundo del Agua, lleno de peces, serpientes y medusas palpitantes; luego estaba el Mundo de la Tierra, en el que vivían los hombres en islas que flotaban sobre los cuatro mares; y por último, por encima de todos los demás, el Mundo del Aire, dominio de las aves y los espíritus.

Envuelto en una túnica de reluciente seda, su corona era una espléndida obra de arte de oro y gemas refulgentes, con la silueta de una cruben, la ballena recubierta de escamas, señora de los Cuatro Mares Plácidos, cuyo único cuerno estaba confeccionado con el marfil más puro, procedente del núcleo del colmillo de un elefante joven y cuyos ojos eran un par de grandes diamantes negros –los mayores de toda Dara, arrebatados al tesoro de Cocru cuando esta sucumbió ante Xara quince años atrás–, el emperador Mapidéré se hacía sombra en los ojos con una mano y miraba de soslayo la forma del gran pájaro que se aproximaba.

–¿Qué es eso? –se preguntó en voz alta.

Al pie de la Pagoda del Trono, que se desplazaba lentamente, el explorador imperial informó al capitán de la

guardia de que las autoridades de Zudi decían no haber visto nunca algo parecido al extraño pájaro. El capitán murmuró algunas órdenes y la Guardia Imperial, la tropa más selecta de toda Dara, cerró su formación en torno a los portadores de la Pagoda.

El emperador continuó mirando fijamente a la gigantesca ave, que seguía acercándose a un ritmo pausado y constante. Batió sus alas una vez y el emperador, que se esforzaba por oír en medio del ruido de la muchedumbre que le aclamaba entusiasmada, creyó escucharla gritar de una manera alarmanamente humana.

La visita imperial a las islas había comenzado hacía más de ocho meses. El emperador era consciente de la necesidad de recordar visiblemente a la población conquistada el poderío y la autoridad de Xana, pero estaba cansado. Deseaba regresar a Pan, la Ciudad Inmaculada, su nueva capital, donde podía disfrutar de su zoo y su acuario, llenos de animales de todos los rincones de Dara, incluidos algunos exóticos que le habían regalado como tributo los piratas que navegaban más allá del horizonte. Tenía ganas de degustar las comidas que le preparaba su cocinero favorito en lugar de los extraños platos que le ofrecían en cada sitio que visitaba. Tal vez fueran los manjares más exquisitos que la nobleza de cada ciudad podía presentarle, pero resultaba tedioso tener que esperar a que sus catadores los probaran, por la posibilidad de que estuvieran envenenados y, además, inevitablemente, resultaban demasiado grasos o picantes y terminaban por revolverle el estómago.

Sobre todo, estaba aburrido. Los cientos de recepciones vespertinas ofrecidas por funcionarios y dignatarios locales se acumulaban sin apenas descanso. Independientemente del lugar en donde se encontrara, los juramentos de lealtad y las declaraciones de sumisión sonaban todos por igual. A menudo se sentía como si estuviera sentado solo en medio de un teatro en el que se representaba la misma función

noche tras noche, con distintos actores declamando las mismas frases en diferentes escenarios.

El emperador se inclinó hacia delante: esa extraña ave era lo más emocionante que le había ocurrido en días. Ahora que estaba más próxima podía percibir más detalles. Y... no era un ave.

Era una gran cometa hecha de papel, seda y bambú, solo que ningún hilo la unía al suelo. Bajo la cometa –era posible–, colgaba la figura de un hombre.

–Interesante –dijo el emperador.

El capitán de la Guardia Imperial subió apresuradamente la delicada escalera de caracol del interior de la Pagoda, ascendiendo los peldaños de dos en dos o de tres en tres.

–*Rénga*, deberíamos tomar precauciones.

El emperador asintió con la cabeza.

Los portadores depositaron la Pagoda del Trono sobre el suelo y la Guardia Imperial detuvo su marcha. Los arqueros tomaron posiciones alrededor de la Pagoda y soldados con grandes escudos se juntaron alrededor de la estructura para crear un refugio cuyas paredes y techo no eran sino las enormes tarjas interconectadas, que formaban algo parecido al caparazón de una tortuga. El emperador se golpeó las piernas para recobrar la circulación en sus entumecidos músculos y poder levantarse.

La multitud intuyó que todo eso no formaba parte de los eventos planificados del desfile. Los espectadores estiraron el cuello y siguieron la dirección hacia la que apuntaban las flechas de los arqueros.

El extraño artillero planeador se encontraba ahora a tan solo unos cientos de yardas de distancia.

El hombre que colgaba de la cometa tiró de algunas cuerdas que colgaban a su lado. El ave-cometa plegó repentinamente las alas y se lanzó hacia la Pagoda del Trono, cubriendo la distancia que le separaba en unos instantes. El hombre aulló, un grito prolongado y penetrante

que provocó un escalofrío en la multitud a pesar del calor reinante.

—¡Muerte a Xana y a Mapidéré! ¡Larga vida a la Gran Haan!

Antes de que cualquiera pudiera reaccionar, el aeronauta de la cometa lanzó una bola de fuego contra la Pagoda del Trono. El emperador clavó sus ojos en el proyectil que se aproximaba, demasiado pasmado como para moverse.

—*¡Rénga!* —el capitán de la Guardia llegó hasta el emperador en un instante; con una mano, empujó al anciano y luego, dando un gruñido, levantó el trono —un pesado sillón de madera de argán cubierto de oro— con la otra mano, como si se tratara de un escudo gigante. El proyectil estalló contra él formando una inmensa bola de fuego y sus restos rebotaron y cayeron al suelo lanzando pegotes abrasadores de alquitrán que siseaban al caer en todas direcciones en explosiones secundarias y prendían fuego a todo lo que tocaban. Los desgraciados soldados y bailarinas chillaron al sentir el pegajoso líquido ardiente en sus cuerpos y caras, y pronto se vieron envueltos en lenguas abrasadoras.

Aunque el pesado trono había protegido al capitán de la Guardia y al emperador de la explosión inicial, algunas lenguas de fuego aisladas chamuscaron buena parte del pelo del capitán y le quemaron el lado derecho de su rostro y el brazo derecho. Pero el emperador, aunque conmocionado, estaba indemne.

El capitán dejó caer el trono y, con un gesto de dolor, se inclinó hacia un lado de la Pagoda y gritó a los estupefactos arqueros:

—¡Fuego a discreción!

Se maldijo a sí mismo por la absoluta disciplina que había inculcado a los guardias, de forma que estaban más atentos a obedecer órdenes que a reaccionar por su propia iniciativa. Pero hacía tanto tiempo que no se producía un atentado contra la vida del emperador que a todos les

embargaba una falsa sensación de seguridad. Tendría que estudiar la manera de mejorar su entrenamiento, si llegaba a conservar su propia cabeza después de este fallo.

Los arqueros lanzaron una volée de flechas. El asesino tiró de las riendas de la cometa, desplegó las alas y se dejó caer de lado en un arco cerrado para escapar. Las flechas disparadas caían del cielo como una lluvia negra.

Miles de bailarinas y espectadores se fundieron en una turba caótica y aterrorizada que gritaba y huía a empellones.

–¡Te dije que esto era una mala idea! –Rin miró frenético a su alrededor buscando un lugar donde esconderse. Dio un chillido y saltó hacia un lado para esquivar una de las flechas que caían. Junto a él, dos hombres yacían muertos con flechas clavadas en la espalda–. Nunca debí ayudarte a que mintieras a tus padres diciéndoles que cerraban el colegio. ¡Tus planes siempre terminan metiéndome en problemas! ¡Tenemos que correr!

–Si echas a correr y tropiezas acabarás pisoteado por el gentío –respondió Kuni–. Además, ¿cómo vas a perderte esto?

–¡Oh dioses, vamos a morir todos! –Otra flecha se clavó en el suelo a un palmo de distancia. Unas cuantas personas más cayeron gritando con sus cuerpos atravesados.

–Todavía no estamos muertos –Kuni se lanzó hacia la carretera y regresó con un escudo abandonado por alguno de los soldados.

–¡Agáchate! –chilló, y tiró de Rin hacia abajo hasta quedar ambos en cucullas, para luego levantar el escudo por encima de sus cabezas. En ese momento una flecha golpeó el escudo con un ruido sordo.

–¡Señora Rapa y Señora Kana, protegedme! –balbuceó Rin con los ojos fuertemente apretados–. Si sobrevivo a esto, prometo escuchar a mi madre y no volver a saltarme ninguna clase, obedecer a los sabios ancianos y mantener-